

no hasta cansarse y desvanecerse; y que esto sea raramente, porque siendo esto de ordinario, ya es hacer de la recreacion ocupacion. ¿En qué ocasiones pues se puede jugar y danzar? Las justas ocasiones de la danza y del juego indiferente son más frecuentes; las de los juegos prohibidos son más raras, como tambien tales juegos son mucho más reprehensibles y peligrosos. Mas, en una palabra, te digo danza y juega (segun las condiciones que te he apuntado) cuando por condescender y agradar á la honesta conversacion en que estuvieres, la prudencia y discrecion te lo aconsejaren; porque la condescendencia, como pimpollo de la caridad, hace las cosas indiferentes buenas y las peligrosas permitidas, asimismo quita la malicia á las que son en alguna manera malas. Por esto pues los juegos de azar, que de otra suerte serian reprehensibles, no lo son si alguna vez la justa condescendencia nos lleva á ellos. Hame consolado el haber leído en la vida del bienaventurado Carlo Borromeo, que condescendia con los esguizaros en ciertas cosas, en las cuales, por otra parte, era muy severo; y que el bienaventurado Ignacio de Loyola, estando convidado á jugar, lo aceptó. Cuanto á Santa Isabel de Hungría, tambien á veces jugaba y se hallaba en las juntas de pasatiempos, sin perjuicio de la devocion; la cual tenia tan bien arraigada en su alma, que, como las rocas que están alrededor del lago de Rieta crecen siendo combatidas de las ondas, así su devocion crecía en medio las pompas y vanidades á que su grandeza la exponía. Estos son los grandes fuegos que se inflaman y crecen al viento; mas los pequeños se apagan no llevándolos cubiertos.

CAPITULO XXXIV.

Que es necesaria la fidelidad en las grandes y pequeñas ocasiones.

El Esposo sagrado, en el *Cántico de los Cánticos*, dice que su Esposa le ha arrebatado su corazon con uno de sus ojos y uno de sus cabellos. Entre todas las partes exteriores del cuerpo humano no hay ninguna más noble, sea por el artificio ó sea por la actividad, que el ojo, ni más vil que los cabellos. Por esto pues el divino Esposo quiere hacer entender que no solo le son agradables las grandes obras de las personas devotas, pero tambien las menores y más bajas; y que para servirle á su gusto se debe tener gran cuidado de servir bien en las cosas grandes y altas y en las cosas pequeñas y humildes, pues podemos igualmente por las unas y por las otras robarle el corazon por amor.

Aparéjate pues, Filotea, á recibir muchas y grandes aflicciones por nuestro Señor, y asimismo el martirio. Resuélvete de darle todo lo que tuvieres por más precioso, si se agradase de tomallo: padre, madre, hermano, marido, mujer, hijos, tus ojos mismos y tu vida, porque á todo esto debes aparejar tu corazon. Mas mientras la divina Providencia no te envía aflicciones tan sensibles y grandes, y que no quiere de tí tus ojos, dale por lo menos tus cabellos. Diréte cómo: lleva con paciencia las pequeñas injurias, las pequeñas incomodidades, las pérdidas de poca importancia que te son cotidianas; porque por medio destas pequeñas ocasiones, empleadas con amor y dileccion, ganarás enteramente su corazon, y le harás todo tu-

yo. Estos pequeños sufrimientos cotidianos, el mal de cabeza, el mal de dientes, la defluxion, el bravar del marido ú de la mujer, el romper de un vidrio, el menosprecio ó ceño, la pérdida de guantes, de una sortija, de un pañuelo, la pequeña incomodidad que recibimos en irnos á acostar temprano y levantarnos de mañana para rezar, para comulgar; la pequeña vergüenza que se tiene haciendo ciertas acciones de devocion públicamente; en fin, todos estos pequeños sufrimientos, tomados y abrazados con amor, contentan en extremo á la bondad divina, la cual por un solo vaso de agua ha prometido la mar de todas felicidades á sus fieles. Y porque estas ocasiones se presentan á cada paso, es un gran medio para juntar muchas riquezas espirituales el emplearlas bien.

Cuando vi en la vida de santa Catalina de Sena tantos raptos y elevaciones de espíritu, tantas palabras de sabiduría, y asimismo de predicaciones hechas por ella, no dudé que con este ojo de contemplacion hubiese robado el corazon de su Esposo celeste; pero igualmente me consoló cuando la vi en la cocina de su padre atender humildemente al asador, atizar el fuego, aparejar la vianda, amasar el pan y hacer todos los más bajos oficios de la casa con un ánimo lleno de amor y dileccion para con su Dios. Y no estimaba en menos la pequeña y baja meditacion que hacia á vueltas destes oficios viles y abatidos, que los éxtasis y raptos que tan á menudo tenia, los cuales puede ser no la fuesen dados sino en recompensa desta humildad y desprecio. Su meditacion pues era tal: Imaginábase que aderezando la comida para su padre, la aderezaba para nuestro Señor, como otra santa Marta; que su madre tenia el lugar de nuestra Señora, y sus hermanos el lugar de los apóstoles; ejercitándose desta suerte en servir en espíritu toda la corte celeste, empleándose en estos servicios humildes con una grande suavidad y mansedumbre, por cuanto sabia la voluntad de Dios. Hete dicho estos ejemplos, Filotea, para que sepas cuánto importa el enderezar bien todas nuestras acciones, por viles que sean, al servicio de su divina Majestad.

Por esto te aconsejo cuanto puedo imites esta mujer fuerte, á quien el gran Salomon tanto alaba; la cual, como él mismo dice, ponía la mano en cosas fuertes, generosas y relevadas; y no obstante, no dejaba de hilar: «Puso la mano en cosa fuerte, y sus dedos tomaron el huso.» Pon la mano en cosa fuerte, ejercitándote en la oracion y meditacion, en el uso de los sacramentos, en dar amor de Dios á las almas, en derramar buenas inspiraciones en los corazones, y en fin, en hacer obras grandes y de importancia, segun tu vocacion. Mas no olvides tampoco tu huso y tu rueca; esto es, que practiques aquellas pequeñas y humildes virtudes, las cuales como flores crecen al pié de la cruz: el servicio de los pobres, la visitacion de los enfermos, el cuidado de la familia, con las obras que del dependen, y la diligencia útil, la cual nunca te dejará ociosa; y á vueltas de todas estas cosas, aplicarás palabras y consideraciones semejantes á las que te he dicho de santa Catalina.

Las grandes ocasiones de servir á Dios se presentan raramente, mas las pequeñas son ordinarias. «Quien fuere pues fiel en lo poco (dice el Salvador mismo) le

establecerán en lo mucho.» Haz pues todas tus cosas á honor de Dios, y todas cosas serán bien hechas, sea que comas, sea que bebas, sea que duermas, sea que te recrees, sea que des vueltas al asador, con tal que sepas aprovechar tus negocios. Adelantarás mucho delante de Dios, haciendo todas estas cosas, porque Dios asimismo gusta de que las hagas.

CAPITULO XXXV.

Que se ha de tener el espíritu justo y racional.

Somos hombres solo por la razon, y por esto es cosa rara el hallar hombres verdaderamente racionales, por cuanto el amor propio nos aparta de ordinario de la razon, trayéndonos insensiblemente á mil suertes de pequeñas pero peligrosas injusticias y iniquidades, las cuales, como las pequeñas raposillas (de quien se habla en el *Cántico de los Cánticos*), pierden las viñas; porque, como son pequeñas, no se repara en ellas, y como son en cantidad, no dejan de hacer mucho daño. Dime: las que te diré ahora ¿no son iniquidades y sinrazones?

Acusamos por poco al prójimo, y excusámonos á nosotros en mucho; queremos vender muy caro, y comprar muy barato; queremos que se haga justicia en la casa ajena, y que en la nuestra haya misericordia; queremos que tomen á buena parte nuestras palabras, y somos cosquillosos y delicados con las que nos dicen; querriamos que el prójimo nos dejase su hacienda pagándosela, siendo más justo que la guarde á él, dejándonos nuestro dinero; enojámonos con él porque no nos quiere acomodar, como si no fuera más razon enojarse él porque le queremos desacomodar.

Si nos aficionamos á un ejercicio, menospreciamos todo lo demás y contradecimos todo lo que no es á nuestro gusto. Si hay alguno de nuestros inferiores que no tenga buena gracia ó á quien alguna vez hayamos reprehendido, cualquiera cosa que haga nos parece mal, sin que dejemos nunca de molestarle y gruñirle por las causas más leves; al contrario, si alguno nos es agradable por alguna gracia sensual, no cae en cosa mala que no la excusemos. Hijos hay tambien virtuosos, á quien los padres y madres no pueden casi ver por alguna imperfeccion corporal; otros hay viciosos, que son los favorecidos por alguna gracia corporal. En todo y por todo preferimos los ricos á los pobres, aunque no sean ni de mejor sangre ni más virtud; asimismo preferimos los mejor vestidos. Queremos nuestros derechos exactamente y por entero, y que los otros usen de cortesía en la cobranza de los suyos. Guardamos nuestros puestos puntosamente, y queremos que los otros sean humildes y condescendientes. Quejámonos fácilmente del prójimo, y no queremos que nadie se queje de nosotros. Lo que hacemos por otro nos parece siempre mucho, y lo que él hace por nosotros nos parece siempre nada. Somos, en fin, como las perdices de Paflogonia, que tienen dos corazones, porque tenemos un corazon dulce, gracioso y cortés para con nosotros; y un corazon duro, severo y riguroso para con el prójimo. Tenemos dos pesas, la una para pesar nuestras comodidades con la mayor ventaja que nos es posible, y la otra para pesar las del prójimo con

la menos que podemos. Y como dice la Escritura, «los labios engañosos hablan en un corazon;» y decir un corazon, quiere decir que tienen dos. Y el tener dos pesas, la una pesada para recibir y la otra ligera para dar, es cosa abominable delante de Dios.

Sé pues, Filotea, igual y justa en tus acciones; ponte siempre en el lugar de tu prójimo, y á él ponle en el tuyo, y así juzgarás bien. Haz cuenta que vendas cuando compras, y que compras cuando vendes, y así comprarás y venderás justamente. Todas estas (1) injusticias son pequeñas (por cuanto no obligan á restitution) (2) si solo nos quedamos en los términos del rigor para lo que nos es favorable; mas no por eso nos dejan de obligar á la enmienda, por ser en efecto grandes faltas de razon y caridad (3). Y asimismo no se pierde nada en vivir generosa, noble y cortésmente, y con un corazon real, igual y racional. Acuérdate, Filotea mía, de examinar á menudo tu corazon, si es tal para con el prójimo como querrias que el suyo fuese para contigo, si estuvieras en su lugar; porque este es el punto de la verdadera razon. Trajano, siendo censurado de sus confidentes porque (á su parecer) familiarizaba demasiado la majestad imperial con los particulares, respondió: «Así es verdad; mas debo yo ser tal emperador para con los particulares, cual desearia yo encontrar un emperador si yo mismo fuera un particular.»

CAPITULO XXXVI.

De los deseos.

No hay quien no sepa que nos debemos guardar del deseo de las cosas viciosas, porque el deseo del mal nos hace malos. Y aun te digo más, Filotea: que no desees las cosas que son peligrosas al alma, como son los bailes, los juegos y semejantes pasatiempos, ni las honras y cargos, ni las visiones y éxtasis; porque hay gran peligro de vanidad y daño en tales cosas. No desees las cosas muy apartadas, como son las que no pueden suceder en mucho tiempo. Esto hacen muchos, y por este medio cansan y disipan sus corazones inútilmente, y se ponen en peligro de grande inquietud. Si un mozo desea con mucha ansia el ser proveido en algun oficio antes de tiempo, ¿de qué le sirve este deseo? Si una mujer casada desea ser religiosa, ¿á qué propósito? Si yo deseo comprar la hacienda de mi vecino antes que él se determine á venderla, claro es que pierdo el tiempo en tal deseo. Si estando malo deseo predicar ó celebrar la santa misa, visitar los otros enfermos y hacer los ejercicios de los que están con salud, estos deseos ¿no son vanos, pues en tal tiempo no está en mi mano el efectuarlos? Entre tanto tambien estos deseos inútiles ocupan el lugar de otros que debria tener, como el ser bien sufrido, bien acondicionado, bien mortificado, bien obediente y bien manso en mis trabajos, que es lo que Dios quiere que yo plátique por entonces. Pero nosotros engendramos de ordinario deseos de mujeres preñadas, que quieren cerezas y fresas en el otoño, y uvas frescas en la primavera.

De ninguna manera apruebo que una persona asida á alguna deuda ó vocacion se embarace en desear

(1) sin justicias (*Edicion original.*)

(2) sino solo (*Id.*)

(3) que vienen á parar en embelecios y embustes. (*C-D.*)

otra suerte de vida fuera de la que le es conveniente á su deber, ni ejercicios incompatibles á su condicion presente, porque esto disipa el corazon y le aparta de los ejercicios necesarios. Si yo deseo la soledad de los cartujos, perderé el tiempo, y este deseo ocupará el lugar del que debria tener de emplearme bien en mi oficio presente. Asimismo no querria que se desease tener mejor ingenio ni mejor juicio; porque estos deseos son frívolos y vanos, y ocupan el lugar del que cada uno debia tener de cultivar el suyo tal cual fuere; ni que se deseasen para servir á Dios los medios que no se tienen, sino que se empleen fielmente los que se poseen. Entiéndese esto pues quanto á los deseos que embebecen y ocupan el corazon, porque quanto á los simples deseos, no hacen ningun daño, con tal que no sean frecuentes.

No desees las cruces, sino á medida de como hubieres llevado las que tuvieres presentes, porque es manifesto engaño el desear el martirio, y no tener ánimo para sufrir una injuria. El enemigo nos procura muchas veces traer grandes deseos; da objetos ausentes y que no se presentarán jamás, para divertir nuestro espíritu de los objetos presentes, en los cuales, por pequeños que sean, nos podriamos aprovechar mucho. Queremos combatir los monstruos de Africa por imaginacion, y nos dejamos matar en efeto de las menores serpientes que están en nuestro camino por falta de atencion.

No desees las tentaciones, porque seria temeridad; sino emplea tu corazon para esperarlas animosamente, y defenderte cuando se te ofrecieren.

La variedad de viandas, principalmente si la cantidad es grande, carga siempre el estómago, y si este es flaco, le arruina. No hinchas tu alma de muchos deseos mundanos, porque estos te la dañarán de todo punto; ni tampoco espirituales, porque te embarazarán. Cuando nuestra alma está purgada, sintiéndose descargada de los malos humores, tiene un gran apetito de las cosas espirituales; y como hambrienta, no hace sino desear mil suertes de ejercicios de piedad, de mortificacion, de penitencia, de humildad, de caridad y de oracion. Es buena señal, Filotea mia, el tener tan vivo el apetito, pero mirarás si podrás bien digerir todo lo que pretendes comer.

Escoge pues, con el aviso de tu padre espiritual, entre tantos deseos los que pudieres practicar y ejecutar al presente, y en los tales procurarás aprovecharte bien. Hecho esto, Dios te enviará otros, los cuales tambien practicarás á su tiempo; y desta suerte no perderás ninguno con deseos inútiles. No digo yo que se hayan de perder ninguna suerte de buenos deseos; sino que se deben ejecutar por orden, y los que no pueden efetuarse al presente, que se encierren en algun rincón del corazon hasta que se les llegue el tiempo, y entre tanto efetuar los que estuvieren maduros y en su sazón. Lo cual no digo solo por los deseos espirituales, sino tambien por los mundanos, sin lo cual no podriamos vivir sino con inquietud y embarazo.

CAPITULO XXXVII.

Aviso para los casados.

El matrimonio es un gran sacramento, digo en Jesucristo y en su Iglesia; es honroso á todos, en to-

dos y en todo; esto es, en todas sus partes. A todos, porque las vírgines mismas le deben honrar con humildad. En todos, porque es igualmente santo, así entre los pobres como entre los ricos. En todo, porque su origen, su fin, sus utilidades, su forma y su materia son santas. Es el seminario del cristianismo, que hinche la tierra de fieles para cumplir en el cielo el número de los escogidos. Así que, la conservacion del bien del matrimonio es en extremo importante á la república, porque es la raíz y manantial de todas sus corrientes.

Plugiése á Dios que su amado Hijo fuese llamado en todas las bodas como lo fué en las de Caná: no faltaria jamás el vino de las consolaciones y bendiciones; y el faltar este en ellas de ordinario, pues no hay sino un pequeño bien á los principios, es porque en lugar de nuestro Señor hacen venir á Adónis, y Vénus en lugar de nuestra Señora. Quien quiere tener corderillos hermosos y manchados como Jacob, menester ha (como él) cuando las ovejas se juntan á aparearse, ponerlas á los ojos las varillas hermosas y de diversos colores; y quien quiere tener un dichoso suceso en el matrimonio, debria en sus bodas ponerse á los ojos de la consideracion la santidad y dignidad deste santo sacramento. Pero en lugar desto suceden mil desconciertos en pasatiempos, en festines y en palabras; y así, no es de maravillar si los efectos son desreglados.

Sobre todo, exhorto á los casados el amor recíproco que el Espíritu Santo les encomienda tanto en la Escritura. Y no por esto se entiende que sea bastante el amarse el uno al otro con un amor natural, porque las tórtolas aun hacen esto; ni el amarse con un amor humano, porque los paganos han usado lo mismo; sino que hagais como dice el gran Apóstol: «Maridos, amad vuestras mujeres como Jesucristo ama á su Iglesia. Mujeres, amad vuestros maridos como la Iglesia ama á su Salvador.» Dios fué quien llevó á Eva á nuestro primer padre Adán, dándosela por mujer. Dios tambien es, amigos míos, quien con su mano invisible ha hecho el nudo de la sagrada atadura de vuestro matrimonio, y el que os ha dado los unos á los otros. ¿Por qué pues no os acariciáis con un amor enteramente santo, enteramente sagrado y enteramente divino?

El primer efeto deste amor es la union indivisible de vuestros corazones. Si se pegan dos pedazos de pino juntos, como sea el betun fino, la union será tan fuerte, que faltarán antes los pedazos por las otras partes que por la de la conjuncion ó ligadura. Dios pues junta el marido á la mujer en su propia sangre; y por esto esta union es tan fuerte, que antes se debe separar el alma del cuerpo del uno y del otro, que el marido de la mujer. Y no se entiende esta union principalmente del cuerpo, sino del corazon, de la aficion y del amor.

El segundo efeto deste amor debe ser la fidelidad inviolable del uno para con el otro. Antiguamente los anillos que traian en los dedos estaban sellados, como tambien la Escritura santa nos lo muestra. Este pues es el secreto de la ceremonia que se hace en las bodas: la Iglesia por la mano del sacerdote bendice una sortija, y dándola primero al hombre, da á entender cómo sella su corazon por este sacramento, para que

jamás despues ni el nombre ni el amor de otra ninguna otra mujer pueda entrar en él mientras viviere la que le ha sido dada por propia. Despues el esposo torna á poner el anillo en la mano de la esposa, para que recíprocamente sepa que jamás su corazon debe aficionarse de otro ningun hombre mientras viviere el que nuestro Señor acaba de darle.

El tercer fruto del matrimonio es la produccion y legitima crianza de los hijos. Con razon debeis estimar, ó casados, el ver que Dios queriendo multiplicar las almas para que eternamente puedan bendecirle, os ha hecho los cooperantes de una tan digna obra por la produccion de los cuerpos, dentro de los cuales derrama, como rocío celestial, las almas, criándolas como las cria y las infunde en los cuerpos.

Conservad pues, ó maridos, un tierno, constante y cordial amor para con vuestras mujeres. Por esto la mujer fué sacada de la costilla más cercana al corazon del primer hombre, para que fuese amada dél cordial y tiernamente. Las flaquezas y enfermedades, sean del cuerpo ó del espíritu de vuestras mujeres, no os deben provocar á ninguna suerte de desden, sino antes á una dulce y amorosa compasion; pues Dios las ha criado tales, para que dependiendo de vosotros, recibais más honra y respeto. Tenedlas pues por compañeras, pero de tal suerte, que no dejéis por eso de ser los maridos superiores. Y vosotras, ó mujeres, amad tierna y cordialmente y con un amor lleno de respeto y reverencia los maridos que Dios os ha dado; porque verdaderamente Dios por esto los ha criado de un sexo más vigoroso y predominante, y quiso que la mujer fuese una dependencia del hombre, un hueso de sus huesos, una carne de su carne, y que fuese producida de una costilla suya, sacada de debajo del brazo, para mostrar que debe estar debajo de la mano y guia del marido. Toda la Escritura santa os encomienda estrechamente esta sujecion; la cual, no obstante, la misma Escritura os hace dulce, queriendo, no solo que la lleveis con amor, pero ordenando á los maridos que la ejerciten con grande dileccion, ternura y suavidad. «Maridos (dice san Pedro), lleváos discretamente con vuestras mujeres, como con un vaso más frágil, respetándolas con amor.»

Pero mientras os exhorto el engrandecer de más en más este recíproco amor que os debeis, mirad que no se convierta en alguna suerte de celos; porque sucede muchas veces que, así como el gusano se engendra de la manzana más delicada y madura, así los celos nacen del amor más ardiente y vivo de los casados; (1) del cual no obstante, dañan y corrompen la sustancia, y poco á poco engendran las riñas, disensiones y divorcios. Es cierto que los celos nunca se arriman á la amistad que recíprocamente está fundada sobre la verdadera virtud: por esto pues son una indubitable señal de un amor en alguna manera sensual y grosero; y así, se llegan siempre á lugares donde encuentran una virtud manca, inconstante y sujeta á desconfianza. Es pues una loca jactancia de amistad el querer la exaltar por los celos, porque los celos son una cierta señal de la grandeza y groseza de la amistad, mas no

de su bondad, pureza y perfeccion; porque la perfeccion de la amistad presupone la seguridad de la virtud de la cosa amada, y los celos presuponen la incertidumbre.

Si quereis, ó maridos, que vuestras mujeres sean fieles, enseñaldas esta lición con vuestro ejemplo: «¿Con qué cara (dice san Gregorio Nazianzeno) quereis pedir la honestidad á vuestras mujeres, si vosotros mismos vivís en deshonestidades? ¿Cómo las pedís vosotros lo que no las dais á ellas? ¿Quereis que sean castas? Pues lleváos castamente con ellas.» Y como dice san Pablo: «que cada uno sepa poseer su vaso en santificacion; que si al contrario vosotros mismos las enseñáis las glotonerías, no es de maravillar que recibais deshonra en su pérdida. Pero vosotras, o mujeres, cuya honra está inseparablemente junta con la vergüenza y honestidad, conservad celosamente vuestra gloria, y no permitais que ninguna suerte de disolucion manche la blancura de vuestra reputacion.»

Temed toda suerte de ocasiones, por pequeñas que sean; no déis lugar nunca á ninguna suerte de requiebros. Cualquiera que os alabe vuestra hermosura y vuestra gracia, os debe ser sospechoso, porque cualquiera que alaba una mercancía que no puede comprar, de ordinario está tentado en extremo de hurtarla. Y si alguno á vuestras alabanzas junta el menosprecio de vuestro marido, será ofenderos infinito. Es claro que no solo el tal os quiere perder, pero que os tiene ya por medio perdidas; porque es cierto que está ya hecho la mitad del precio con el segundo mercader, cuando nos disgustamos con el primero.

Las damas, así antiguas como modernas, han usado el ponerse á las orejas perlas en número, por el gusto (dice Plinio) que tienen en oír la armonía que hacen unas con otras juntándose. Pero quanto á mí (que sé que el grande amigo de Dios Isaac envió dos zarcillos á la casta Rebecca por las primeras arras de sus amores), creo que este ornato místico significa la primera parte que un marido debe tener de una mujer, y la que la mujer le debe fielmente guardar. Esta es la oreja, á fin de que ningun lenguaje ni ruido pueda entrar en ella, sino el dulce y amigable son de las palabras castas y honestas, que son las perlas orientales del Evangelio; porque nos debemos siempre acordar que se emponzoñan las almas por la oreja, como los cuerpos por la boca.

El amor y fidelidad juntos engendran siempre la familiaridad y confianza. Por esto pues los santos y santas han usado de muchas recíprocas caricias en su matrimonio, caricias verdaderamente amorosas, pero castas; tiernas, pero sinceras. Así Isaac y Rebecca, el más casto par de casados del anciano tiempo, fueron vistos por una ventana acariciándose de tal suerte, que aunque sin ninguna muestra deshonesta, conoció bien Abimelech que no podian ser sino marido y mujer. El gran san Luis, igualmente riguroso para con su carne, y tierno para con el amor de su mujer, fué casi reprehendido en ser abundante de tales caricias. Es verdad que, bien mirado, antes merecia alabanza, pues sabia templar su espíritu marcial y animoso con estas menudencias lícitas á la conservacion del amor conyugal; porque, aunque estas pequeñas muestras de pura y honesta amistad no ligan los corazones, con todo eso

(1) el cual (Edicion original.)

los acercan y juntan, y sirven de un entretenimiento agradable á la recíproca conversacion.

Santa Mónica, estando preñada del gran san Agustín, le dedicó por medio de muchas ofrendas á la religion cristiana y al servicio de la gloria de Dios, segun él mismo nos muestra, diciendo: «Que ya él habia gustado la sal de Dios dentro del vientre de su madre.»

Es una grande enseñanza para las mujeres cristianas el ofrecer á la divina Majestad los frutos de sus vientres aun antes que hayan salido á luz; porque Dios, que acepta las oblações de un corazon humilde y voluntario, fecunda de ordinario en tal tiempo las buenas aficiones de las madres: festigos Samuel, santo Tomás de Aquino, san Andrés de Fiésola y otros muchos. La madre de san Bernardo, madre digna de tal hijo, tomaba sus hijos en sus brazos luego que habian nacido, y los ofrecia á Jesucristo; y desde entonces los amaba con respeto como á cosa sagrada y que Dios se la habia confiado: lo cual la sucedió tan dichosamente, que en fin fueron todos siete muy santos.

Luego que los hijos comienzan á servirse de la razon, los padres y las madres debrian tener un gran cuidado de imprimirles en el corazon el temor de Dios. La buena reina Blanca hizo fervorosamente este oficio con su hijo el rey san Luis, porque le decia muy á menudo: «Mucho más querria, amado hijo mio, verte morir á mis ojos, que el verte cometer un solo pecado mortal.» Lo cual quedó de suerte grabado en el alma deste santo hijo, que, como él mismo contaba, no habia dia en que no se le acordase, trabajando cuanto le era posible en bien guardar esta divina doctrina. Las razas y generaciones son llamadas en nuestra lengua *casas*; y asimismo los hebreos llaman á la generacion de los hijos *edificacion de casa*: porque esto es, en este sentido que se ha dicho, que Dios edificó casas á las sábias mujeres de Egipto. Esto es pues para mostrar que no es hacer una buena casa el abastecerla de muchos bienes mundanos, sino el bien industrial los hijos en el temor de Dios y virtud.

En esto pues no se debe rehusar ninguna suerte de pena y trabajos, pues los hijos son la corona de los padres. Así santa Mónica combatió con tanto fervor y constancia las malas inclinaciones de san Agustín, que habiéndole seguido por mar y por tierra, le hizo más dichosamente hijo de sus lágrimas por la conversion de su alma, que no habia sido hijo de su sangre por la generacion de su cuerpo.

San Pablo deja á cargo á las mujeres el cuidado de la casa. Por esto muchos tienen esta verdadera opinion de que su devocion es más frutuosa á la familia que la de sus maridos, los cuales, como no hacen una ordinaria residencia entre sus domésticos, no pueden por consiguiente guiarlos tan fácilmente á la virtud. A esta consideracion Salomon en sus *Proverbios* hace derivar la buena dicha de toda la casa, del cuidado y industria de aquella mujer fuerte que escribe.

Vemos en el *Génesis*, que Isaac viendo su mujer Rebecca estéril, rogó al Señor por ella; ó (segun los hebreos) rogó al Señor frente á frente della; porque el uno rezaba del un lado del oratorio, y el otro del otro. También la oracion del marido, hecha en esta forma, fué oída. Es la mayor y más frutuosa union del marido y de la mujer la que se hace en la santa devocion,

á la cual se debrian llevar uno á otro. Hay frutas, como el membrillo, que por la aspereza de su zumo no son muy agradables sino en conserva; hay otras, que por su ternura y delicadeza no pueden durar si no se ponen también en conserva, como son las cerezas y albaricoques. Así las mujeres deben desear que sus maridos estén confitados en el azúcar de la devocion, porque el hombre sin la devocion es un animal severo, áspero y rudo; y los maridos deben desear que sus mujeres sean devotas, porque sin la devocion la mujer es en extremo frágil y sujeta á caerse y apartarse de la virtud. San Pablo dice que el hombre infiel es santificado por la mujer fiel, y la mujer infiel por el hombre fiel; porque en esta estrecha alianza del matrimonio puede el uno fácilmente llevar al otro á la virtud. Mas ¡qué bendiccion es cuando el hombre y la mujer fieles se santifican el uno al otro en un verdadero temor de Dios!

En lo demás deben sobrelevase recíprocamente el uno al otro; y con tanto cuidado y amor, que no lleguen jamás los dos á enojarse juntos á un mismo tiempo y de repente, para que así entre ellos no se vea ninguna disension ni riña. Las abejas no pueden residir en lugares donde se oyen los ecos y zumbidos y las repeticiones de voces, ni tampoco el Espíritu Santo en una casa en la cual hay discordias, réplicas y alborotos de gritas y alteraciones.

San Gregorio Nazianzeno dice que en su tiempo hacian fiesta los casados en el dia aniversario de sus bodas. En verdad que yo aprobara que esta costumbre se introdujese, con tal que no fuese con aparejos de recreaciones mundanas y sensuales; sino que, confesados y comulgados los maridos y las mujeres en tal dia, encomendasen á Dios con más fervor que de ordinario el progreso de su matrimonio, renovando los buenos propósitos de santificarle de más en más por una recíproca amistad y fidelidad, tomando ánimo en nuestro Señor para llevar y cumplir con las obligaciones de su estado.

CAPITULO XXXVIII.

De la honestidad de la cama nupcial.

La cama nupcial debe ser inmaculada, como el Apóstol la llama, esto es, exenta de deshonestidades y otras manchas profanas. También el santo matrimonio fué primeramente instituido dentro del paraíso terrestre, donde nunca hasta entonces habia habido ninguna desorden de concupiscencia ni cosa deshonestas.

No deja de haber alguna semejanza entre los deleites vergonzosos y los del comer, porque entrambos á dos miran á la carne. Bien es verdad que los primeros, á razon de la vehemencia brutal, se llaman simplemente carnales. Explicaré pues lo que no puedo decir de los unos, por lo que diré de los otros.

1. El comer es ordenado para conservar las personas. Como el comer pues simplemente para mantener y conservar la persona es cosa buena, santa y mandada, también lo que se requiere en el matrimonio para la produccion de los hijos y multiplicacion de las personas es una cosa buena y muy santa, por cuanto este es el fin principal del casamiento.

2. El comer, no por conservar la vida, sino por con-

servar la recíproca conversacion y (1) condescendencia que nos debemos los unos á los otros, es cosa muy justa y honesta; y de la misma manera la recíproca y legítima satisfaccion de las partes en el santo matrimonio es llamada por san Pablo deber, y aun deber tan grande, que no quiere que la una de las partes pueda eximirse dél sin el libre y voluntario consentimiento de la otra; ni aun asimismo por los ejercicios de la devocion, segun tengo dicho en una palabra en el capítulo de la santa Comunión cerca deste sujeto. ¡Cuánto menos pues se podrán eximir por las caprichosas pretensiones de virtud, ó por las cóleras y desdenes!

3. Como los que comen por el deber de la recíproca conversacion, deben comer libremente, y no como por fuerza, sino antes dando muestras de tener apetito; también el deber nupcial debe cumplirse fiel y francamente, y de la misma manera que si fuese con esperanza de la produccion de los hijos, aunque por alguna ocasion se carezca de tal esperanza.

4. Comer, no por las dos primeras razones, sino simplemente por contentar el apetito, es cosa suportable, mas no digna de alabanza; porque el simple placer del apetito sensual no puede ser objeto suficiente á hacer una accion loable; basta pues que sea suportable.

5. Comer, no por simple apetito, sino por exceso y desórden, es cosa más ó menos vituperable, segun es el exceso grande ó pequeño.

6. El exceso pues de comer no consiste solo en la demasiada cantidad, sino también en el modo y manera de comer. No es poco de notar, amada Filotea, el ver que la miel, siendo tan propia y saludable á las abejas, las pueda, no obstante, ser dañosa, y tanto, que á veces las enferma, como cuando comen demasiado en la primavera; porque entonces las da un flujo de vientre, y algunas veces las hace morir sin remedio, como cuando tienen enmelada la cabeza y alas. Es cierto que el comercio nupcial, que es tan santo, tan justo, tan digno de recomendacion y tan útil á la república, es, no obstante, en ciertos casos peligroso á los que le practican; porque á veces los enferma en extremo las almas de pecado venial, como sucede por los simples excesos; y á veces las hace morir por el pecado mortal, como sucede luego que la orden establecida para la produccion de los hijos es violada y pervertida. En el cual caso, segun se apartan más ó menos desta orden, los pecados se hallan más ó menos execrables, pero siempre mortales; porque, como la procreacion de los hijos es el primero y principal fin del matrimonio, jamás se puede lícitamente apartar de la orden que esta requiere, aunque por algun otro accidente no pueda la tal por entonces ser efetuada: como sucede cuando la esterilidad ó preñez estorban la produccion y generacion, porque en estas occurrencias el comercio corporal no deja de ser justo y santo, con tal que las reglas de la generacion sean observadas. Y esto porque ningún accidente puede jamás perjudicar la ley que el fin principal del matrimonio ha impuesto. Por cierto la infame y execrable accion que Onan hizo en su casamiento era abominable delante de Dios, segun dice el sacro texto del treinta y ocho capítulo del *Génesis*.

(1) descendencia (*Edicion original*.)

Y aunque algunos herejes de nuestro tiempo, cien veces más reprehensibles que los cínicos (de quienes habla san Jerónimo en la epístola á los efesios), hayan querido decir que era la perversa intencion deste mal hombre la que desagradaba á Dios; la Escritura nos muestra, al contrario, y asegura en particular, que la cosa misma era detestable y abominable delante de Dios.

7. Es una verdadera señal de un espíritu perdido, villano, abatido y infame, el pensar en las viandas y manjares antes del tiempo del comer; y aun más cuando despues dél se divierten con el gusto que han recibido en la comida, entreteniéndose con palabras y pensamientos, y revolviendo su espíritu por la memoria del deleite que han recibido al comer de los bocados, como hacen los que antes del comer tienen el pensamiento en el asador, y despues en los platos: gentes dignas de servir en la cocina; los cuales hacen (como dice san Pablo) un dios de su vientre. La gente de honra no piensa en la mesa sino cuando se sienta á ella, y despues de la comida se lavan las manos y la boca, para que no les quede ni el gusto ni el olor de lo que han comido. El elefante no es sino una bestia grosera, pero la más digna de alabanza de cuantas viven, y que tiene más sentido. Quiero decirte un poco cerca de su honestidad. Cuanto á lo primero, no muda nunca de hembra, y ama tiernamente la que una vez ha escogido, con la cual, no obstante, no se junta sino de tres en tres años y por solos cinco dias; y esto con tanto secreto, que nunca es visto en el acto; pero es visto el sexto dia, en el cual, ante todas cosas, se va derecho á alguna ribera, donde se lava enteramente todo el cuerpo; sin querer de ninguna suerte volver á la tropa hasta haberse primero limpiado y purificado. ¿No son, dime, las deste animal hermosas y honestas propiedades? Por las cuales muestra á los casados á no quedarse empeñados de aficcion en las sensualidades y deleites que segun su vocacion hubieren ejercitado, sino que (pasados estos) se laven el corazon y la aficcion, y se purifiquen cuanto antes, para que despues con toda libertad de espíritu puedan practicar las otras acciones más puras y relevadas. En este aviso consiste la perfecta práctica de la excelente doctrina que san Pablo da á los corintios: «El tiempo es corto (dice) menester es que los que tienen mujer sean como si no la tuviesen;» porque, segun san Gregorio, aquel tiene una mujer como si no la tuviese, que goza de tal suerte de los consuelos corporales con ella, que no por esto se aparte de las pretensiones espirituales. Lo que se dice pues del marido, se entiende recíprocamente de la mujer: «Que los que usan del mundo (dice el mismo apóstol) sean como si no le usasen.» Que todos pues usen del mundo, cada uno segun su estado; pero de tal manera, que no empeñando la aficcion, se hallen libres y prontos al servicio de Dios, como si no usasen dél. Es el mayor mal del hombre (dice san Agustín) el querer gozar de las cosas de que solo debria usar, y el querer usar de aquellas de que debria solo gozar. Debemos pues gozar de las cosas espirituales, y solo usar de las corporales, de las cuales cuando el uso es convertido en gozo, nuestra alma racional se convierte también en alma brutal y bestial. Pienso haber dicho todo lo que queria decir, y hecho entender (sin decirlo) lo que no querria decir.

CAPITULO XXXIX.

Aviso para las viudas.

San Pablo instruye todos los prelados en la persona de su Timoteo, diciendo: «Honra las viudas que son verdaderamente viudas.» Para ser pues verdaderamente viuda, son necesarias estas cosas:

1. Que la viuda no solo sea viuda de cuerpo, sino de corazón. Esto es, que ha de vivir con una resolución inviolable de conservarse en el estado de una casta viudez; porque las viudas que no lo son sino mientras esperan la ocasión de tornarse á casar, no están separadas de los hombres sino segun el deleite del cuerpo; pero están juntas con ellos segun la voluntad del corazón. Que si la verdadera viuda para conservarse en el estado de viudez, quiere ofrecer á Dios en voto su cuerpo y su castidad, juntará sin duda un gran atavío á su viudez, y pondrá en gran seguridad su resolución; porque viendo que despues del voto no está más en su mano el dejar la castidad, sin dejar el paraíso, vivirá tan celosa de su promesa, que no dará lugar ni un solo momento en su corazón á los más simples pensamientos de casamiento; porque el voto sagrado pondrá una fuerte barrera entre su alma y toda suerte de trazas contrarias á su resolución. San Agustín aconseja extremadamente este voto á la viuda cristiana; y el antiguo y docto Orígenes pasa aun más adelante, porque aconseja á las mujeres casadas hagan voto y se destinen á la castidad vidual (en caso que sus maridos viniesen á morir antes que ellas), para que entre los placeres sensuales que podrían tener en su matrimonio, puedan, no obstante, gozar del merecimiento de una casta viudez por medio desta anticipada promesa. El voto hace las obras hechas en su seguimiento más agradables á Dios, fortifica el ánimo para el hacerlas, y no solo da á Dios las obras (que son como los frutos de nuestra buena voluntad); pero le dedica aun la voluntad misma, que es como el árbol de nuestras acciones. Por la simple castidad prestamos nuestro cuerpo á Dios, no dejando por eso de quedarnos la libertad de entregarle otra vez á los placeres sensuales; mas por el voto de castidad le hacemos un don absoluto é irrevocable del, sin que nos reservemos ningun poder de desdecirnos, haciéndonos por este medio dichosamente esclavos de Aquel cuya servidumbre es mejor que el mayor reino. Así como apruebo infinito los avisos destes dos grandes varones, así desearia tambien que las almas que fueren tan dichosas que quieran seguirlos, sea prudente, santa y sólidamente, habiendo examinado sus fuerzas, invocado la inspiración celeste, y tomado el consejo de algun sábio y devoto maestro; porque desta suerte todo se hará más fructuosamente.

2. Fuera desto, es necesario que esta renunciación de segundas bodas se haga pura y simplemente, para que con más pureza pueda poner toda su afición en Dios y juntar por todas partes su corazón con el de su divina Majestad; porque si el deseo de dejar los hijos ricos, ó alguna otra suerte de pretensión mundana, hace quedar la viuda en viudez, seguirásele (podrá ser) alabanza, pero no delante de Dios; porque delante de Dios nada puede tener verdadera alabanza sino lo que se hace por Dios

3. Es menester aun más, que la viuda para ser verdadera viuda, esté separada y voluntariamente destituida de los contentos profanos. «La viuda que vive en placeres (dice san Pablo) está muerta en vida.» Querer ser viuda y gustar, no obstante esto, de que la enamoren y acaricien; querer hallarse en los bailes, danzas y festines; querer andar perfumada, afeitada y muy compuesta; esto es ser una viuda viva cuanto al cuerpo, pero muerta cuanto al alma. ¿Qué importa (dime por tu vida) que la insignia de la casa de Adónis y del amor profano esté hecha de garzotas blancas (1) puestas á manera de penacho, ó de un velillo negro extendido á manera de redes, y al redor de la cara, si las más veces lo negro se pone con más vanidad sobre el blanco, para mejor relevar la color? La viuda, como ha hecho prueba del modo con que las mujeres pueden agradar á los hombres, sabe ponerlos en sus almas cebos más peligrosos. La viuda pues que vive en estos locos placeres, en vida está muerta; y no es, hablando con propiedad, sino un ídolo de viudez.

«El tiempo de cortar ha venido; la voz de la tórtola ha sido oída en nuestra tierra,» dice el *Cántico*. El cortar las superfluidades mundanas es necesario á cualquiera que quiere vivir piadosamente, y principalmente á la verdadera viuda; la cual, como una casta tórtola, acaba de llorar, gemir y lamentar la pérdida de su marido. Cuando Noemi volvió de Moab á Belén, las mujeres de la villa, que la habian conocido al principio de su casamiento, decian unas á otras: «¿No es esta Noemi?» A que respondió ella: «No me llameis Noemi, os ruego» (porque Noemi quiere decir graciosa y hermosa); llamadme antes Mara; porque el Señor ha henchido mi alma de amargura;» lo cual decia por cuanto su marido era muerto. Así, que la viuda devota no quiere jamás ser llamada ni estimada ni por hermosa ni graciosa, antes se contenta con ser lo que Dios quiere que sea; esto es, humilde y mortificada á sus ojos.

Las lámparas que tienen el óleo aromático despiden de sí un más suave olor cuando las apagan la luz. Así las viudas cuyo amor ha sido puro en su casamiento, derraman un precioso y aromático olor de virtud de castidad cuando su luz, esto es su marido, es apagada por la muerte. Amar al marido mientras vive, cosa es no dificultosa entre las mujeres; mas amarle aun despues de su muerte, no puede desearse mas; grado es de amor, que solo pertenece á las verdaderas viudas. Esperar en Dios mientras el marido sirve de apoyo, no es cosa tan rara; mas esperar en Dios quedando sin tal arrimo, cosa es digna de gran alabanza. Por esto pues se conoce más fácilmente en la viudez la perfección de las virtudes que se ha tenido en el casamiento.

La viuda que queda con hijos que tienen necesidad de su enseñanza y guía, y principalmente en lo que mira al alma y establecimiento de su vida, no puede ni debe abandonarlos; porque el apóstol san Pablo dice claramente que son obligadas á este cuidado, porque así paguen el mismo que sus padres y madres tuvieron; y tambien porque si alguno no tiene cuenta de los suyos, y principalmente de aquellos de su familia, es peor

(1) puesto (*Edición original*.)

INTRODUCCION A LA VIDA DEVOTA.

que infiel. Mas si los hijos se hallan en estado que no tengan necesidad de la educación de sus madres, entonces la viuda debe poner toda su afición y pensamiento en aplicarlos más puramente á su adelantamiento en el amor de Dios.

Si alguna fuerza forzosa no obliga la conciencia de la verdadera viuda á los embarazos exteriores, como son los pleitos, yo la aconsejo se aparte dellos de todo punto, y siga el método en el conducir sus negocios que sea más sosegado y modesto, aunque parezca no ser el más fructuoso: porque seria necesario que los provechos de semejantes diferencias fuesen muy grandes para ser comparados con el bien de una santa tranquilidad; dejando aparte que los pleitos y otras tales marañas disipan el corazón y abren muchas veces la puerta á los enemigos de la castidad, mientras que por agradar á aquellos de cuyo favor tienen necesidad, usan de acciones y ademanes indevotos y desagradables á Dios.

La oración sea el continuo ejercicio de la viuda; porque, como no debe tener más amor sino para con su Dios, así tambien no debe tener casi más palabras sino para con su Dios. Y como el hierro, que impedido de seguir la atracción del iman por causa de la presencia del diamante, se arroja al mismo iman luego que el diamante se le aparta; así el corazón de la viuda, que buenamente no podia del todo arrojarse á su Dios ni seguir los atraimientos de su divino amor durante la vida de su marido, debe luego despues de su muerte correr con ardor y diligencia al olor de los perfumes celestes, diciendo, como á imitación de la sagrada Esposa: «¡Oh Señor! ahora, que soy toda mía, recibidme toda por vuestra; llegadme cerca de vos; corremos, Señor, al olor de vuestros unguentos.»

El ejercicio de las virtudes propias á la santa viuda son la perfecta modestia, la renunciación de las honras, de los puestos, de las juntas, de los títulos y de tales suertes de vanidades; el servicio de los pobres y enfermos, la consolación de los afligidos, la introducción de las doncellas á la vida devota, el hacerse un verdadero ejemplo de todas las virtudes para con las mozas casadas (a). La limpieza y la simplicidad son los dos atavíos de sus vestidos, la humildad y la caridad los dos atavíos de su lenguaje, la modestia y honestidad el atavío de sus ojos, y Jesucristo crucificado el único amor de su corazón.

En fin, la verdadera viuda en la Iglesia es una pe-

(a) *aux jeunes femmes* es lo que dice el original francés.

queña violeta de marzo, que despide una sin igual suavidad con el olor de su devoción, guardándose casi siempre escondida debajo las anchas hojas de su mismo menosprecio, y por su color menos viva verifica la mortificación; procura siempre hallarse en los lugares quietos y solos, por no ser combatida de la conversación de los mundanos, y conservar mejor la frescura de su corazón contra todos los ardores que el deseo de los bienes, de las honras, y asimismo de los amores, la podrían acarrear. «Será la tal bienaventurada (dice el Apóstol) si persevera desta suerte.»

Podria decir otras muchas cosas cerca deste sujeto; mas habrélo dicho todo cuando habré dicho que la viuda, celosa de la honra de su estado, lea con atención las doctas epístolas que el gran san Jerónimo escribe á Furia y á Salvia, y á todas aquellas otras damas que fueron tan dichosas, que merecieron el ser hijas espirituales de un tan gran padre; porque no se puede añadir cosa á lo que él dice, sino este advertimiento: que la verdadera viuda no debe jamás ni menospreciar ni censurar á las que pasan á segundas, ó asimismo á terceras ni cuartas bodas, porque en ciertos casos Dios lo dispone así para mayor gloria suya; y deben tener siempre delante los ojos esta doctrina de los antiguos, que ni la viudez ni la virginidad tienen puesto en el cielo, sino aquel que les es señalado por la humildad.

CAPITULO XL.

Una palabra á las vírgenes.

No tengo, ó vírgenes, que deciros sino solas estas tres palabras, porque por ellas podréis percibir lo demás. Si pretendes el casamiento temporal, guardarás pues celosa tu primer amor para tu primer marido. Pienso que es un gran engaño el presentar en lugar de un corazón entero y sincero, un corazón usado, trasegado y contaminado de amor. Pero si tu buena dicha te llama á las castas y virginales bodas espirituales, y que quieres para siempre conservar tu virginidad, — conservarás tu amor lo más delicadamente que puedas para este Esposo divino, que como es la pureza misma, no ama cosa tanto como la pureza, y á quien las primicias de todas las cosas son debidas, y principalmente las del amor. Las epístolas de san Jerónimo te abundarán de todos los avisos que te son necesarios. Y pues que tu estado te obliga á la obediencia, escogerás una guía espiritual, debajo de cuya educación puedas más santamente dedicar tu corazón y tu cuerpo á su divina Majestad.

CUARTA PARTE DE LA INTRODUCCION,

EN LA CUAL SE CONTIENEN LOS AVISOS NECESARIOS CONTRA LAS TENTACIONES MÁS ORDINARIAS.

CAPITULO PRIMERO.

Que no nos debemos embobecer con las palabras de los hijos del mundo.

Luego que los mundanos conocerán que quieres seguir la vida devota, mostrarán contra tí mil efectos de su maldiciente lengua. Los más malignos calum-

niarán tu mudanza, diciendo que es hipocresía, superstición y artificio; dirán que el mundo te ha mostrado mala cara, y que por no quererte él te acoges á Dios; tus amigos procurarán con todas veras hacerte infinitas amonestaciones, muy prudentes y caritativas á su parecer. «Vos vendréis á dar (dirán otros) en algun humor melancólico; perderéis el crédito con el mun-